

Rubén Caba



AMS, 139, 71

14, marzo, 2010

A los hijos y nietos de Miguel Delibes.
Sicuto en el alma le merecía de vosoto
padre y abuelo. En "Castilla en un árbol"
dijo que se conformaría con este epitafio:
"Acertó a pillar Castilla". De rasgo más
de la modestia de sus intenciones de
romero que rehuyó todas las honras. Habría
que añadir "y acertó a pillar la condición
humana". Seguirnos leyendo sus obras.

Rubén Caba



IP 01

1. El primer punto que se debe considerar es el estado actual de la obra. Se debe verificar que el material sea el mismo que el que se utilizó originalmente y que no haya sufrido modificaciones o deterioros.

2. A continuación, se debe analizar el estado de conservación de la obra. Se debe observar si hay signos de desgaste, roturas o deformaciones que puedan afectar a la integridad de la obra.

3. Una vez se ha verificado el estado de conservación, se debe proceder a la limpieza y restauración de la obra. Se debe utilizar productos y técnicas adecuadas para no dañar el material original.

4. Finalmente, se debe realizar un seguimiento constante de la obra para detectar cualquier cambio o deterioro que pueda ocurrir a lo largo del tiempo.

Delibes

DELIBES Y LA NATURALEZA

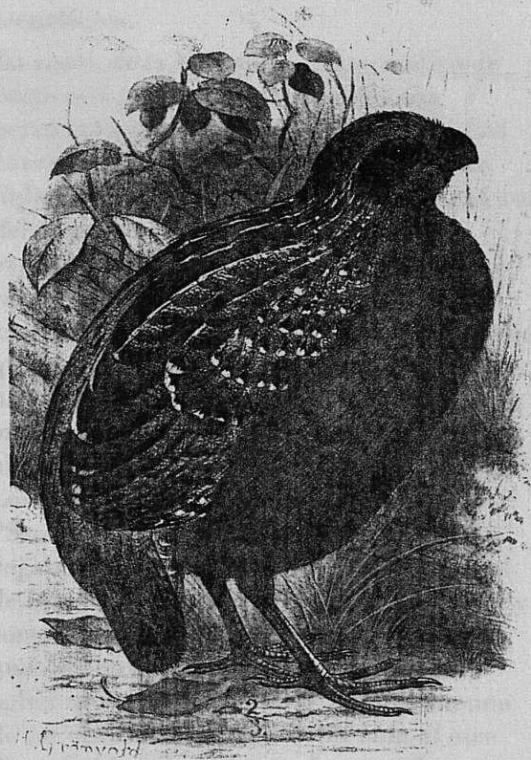
Rubén CABA

Mi interés por la obra de Delibes no tiene móviles eruditos, sino raíces vitales. Una infancia rural —aunque nacido en Madrid, residí desde los pocos meses, hasta los siete años, en el pueblo cacereño de Arroyo de la Luz— y, a lo largo de mi vida, muchas acampadas y marchas por serranías y cordilleras, me han predispuesto a fijar la atención en aquellos escritores que, como Delibes, conocen por experiencia los rigores y las delicias de la Naturaleza. En Delibes se da, por añadidura, una circunstancia que suscitó siempre mi perpleja curiosidad: su imaginación y su sensibilidad, patentes en todos sus libros, no han conseguido vedarle el placer troglodítico de la caza.

EL AUTOR EN SU OBRA

Los textos de Delibes son pródigos en referencias a las criaturas que pueblan la Tierra junto con el hombre o bajo su férula. Incluso en sus novelas abundan las metáforas de origen zoológico. En *El camino* dice el narrador: "Sus brazos y sus piernas (se refiere a la hija del Indiano) ofrecían la tonalidad dorada de la pechuga del macho de la perdiz". Y en *Los santos inocentes* escribe: "Los canchales agazapados como tortugas gigantes". Quien se acerque con sosiego a sus libros, pronto comprenderá que el autor es un incorregible solitario que desconfía de las palabras y aún más de la escritura. No es una excepción: todo gran escritor reverencia en

secreto el fecundo silencio original. De ahí que Delibes suele describir la Naturaleza con pocos rasgos, pero enérgicos y vivos, con la sobriedad de un clásico grecolatino. Sus observaciones del mundo natural están más cerca de Teócrito o de Virgilio que de las impresiones paisajísticas de Rousseau y los románticos. El laconismo del autor alcanza a todos sus personajes. Así lo reconoce en

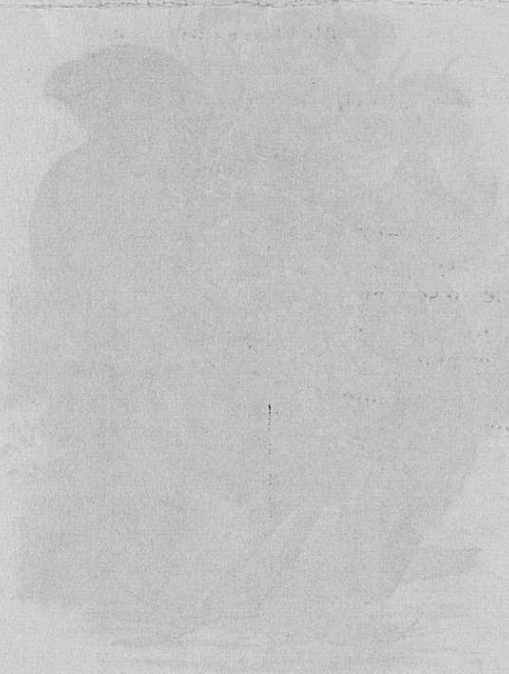


Codorniz.

DELIBES Y LA NATURALEZA

José CABA

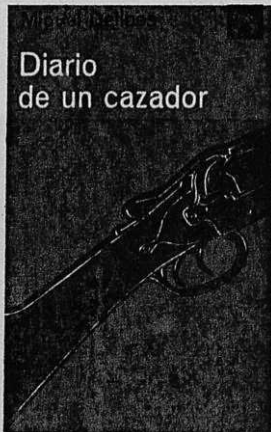
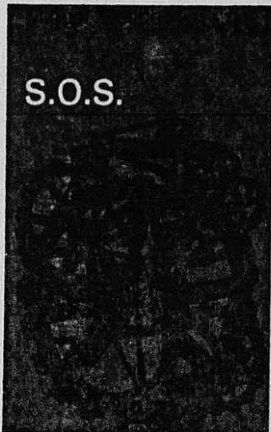
serio el mundo físico original. De ahí que Delibes sea descrito la naturaleza con pocos rasgos, pero cargados y vivos, con la sobriedad de un clásico grecolatino. Sus observaciones del mundo natural están más cerca de Teócrito o de Virgilio que de las impresionistas paisajísticas de Rousseau y los románticos. El lenguaje del autor alcanza a todos sus personajes. Así lo reconoce en



El interés por la obra de Delibes no tiene nada de erudito, sino raíces vitales. Una infancia rural -aunque nacida en Madrid- vivió desde los pocos meses, hasta los siete años, en el pueblo canario de Arroyo de la Cruz y a lo largo de mi vida, muchas incógnitas y marchas por surcos y espaldas, me han predisposto a dar la atención en aquellos escritores que, como Delibes, combinan por experiencia los rasgos de la belleza de la naturaleza. Su lenguaje es tan por sí mismo, una escritura que me gusta mucho porque me permite una participación y un entusiasmo, tanto en todos sus libros, en sus momentos de placer y de dolor de la vida.

EL AUTOR EN SU OBRA

Los rasgos de Delibes son propios en referencia a las etapas que muestran la Tierra junto con el hombre a paso en el tiempo. Incluso en sus novelas abundan las referencias de origen geológico. En La catedral de Madrid, "sus rasgos y sus rasgos" se refieren a la vida del hombre en el mundo de la naturaleza. Y en los rasgos, rasgos escritos. Los rasgos, rasgos como rasgos. "Quien se rasga con rasgos y rasgos, pronto comprenderá que el autor es un investigador, alguien que descubre de los rasgos y rasgos de la escritura. En un rasgo, todo rasgo escritor rasga en



sus obras. En el prólogo de *Aventuras, aventuras y desventuras de un cazador a rabo* confiesa que este cazador “soy yo sin rebajas”, después de reconocer que Lorenzo, el protagonista de *Diario de un cazador* y *Diario de un emigrante*, “soy yo (...), pero un yo rebajado”. Sin embargo, por importante que sea la condición de cazador en Delibes, no pueden reducirse a ella sus varias actitudes ante la naturaleza.

VISIONES DE LA NATURALEZA

Ningún ser humano, supongo que ningún ser vivo, percibe la Naturaleza desde una sola perspectiva. En la obra de Delibes es posible distinguir al menos cuatro: Desde su vitalidad, ve a la Naturaleza como motivo de juego y deporte; desde su conciencia social, la ve como despensa y lugar de trabajo; desde su pasión paleolítica, como escenario de caza y pesca, y desde su sensibilidad compasiva, como víctima de la razón urbana y tecnológica.

Su visión de la Naturaleza como motivo de juego está presente en las novelas con personajes infantiles, como *El camino*, *Las ratas*, *El príncipe destronado*. El instinto lúdico, no siempre incruento, que lleva al uso del tirachinas, a las pedreas y a la exploración de los descampados, adopta en sus personajes adultos las variantes de la caza, el deporte o el viaje. Espíritu andariego que no sólo aflora en las crónicas que Delibes ha publicado sobre sus viajes europeos y americanos, sino también en algunas de sus obras de ficción. En *Diario de un cazador*, Lorenzo termina con una incitación viajera: “Sentí el exprés de Galicia”. El prurito de vagabundeo se le calmará a Lorenzo al final de *Diario de un emigrante*: “Te pones a ver y como en casa en ninguna parte”. Palabras que suenan a las que, con lirismo, podía haber dicho Ulises al volver a Ítaca. En una de sus obras más recientes, *Mi vida al aire libre*, Delibes se explaya sobre sus placeres deportivos y cinegéticos, casi todos ellos

S.O.S.: “Mis personajes hablan poco (...) son más contemplativos que locuaces”.

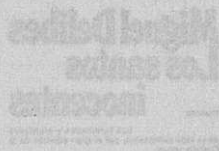
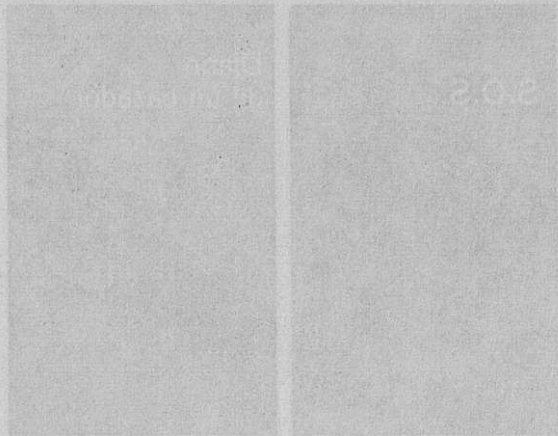
Y de la misma manera que su confesada pasión por el mundo natural explica que la acción de la mayoría de sus libros transcurra a la intemperie, también su velado recelo hacia la ficción literaria se trasluce en el fuerte componente autobiográfico, más o menos elaborado, que impregna casi toda su obra. En la novela *El camino*, Daniel, el Mochuelo, resulta herido en la mejilla por un perdigón de rebote disparado por su padre: “-Me has dado (...) -¿Ha sido mucho, hijo?”. Por sus confidencias en *Mi vida al aire libre* nos enteramos de que este hecho sucedió al pie de la letra entre Miguel Delibes y su padre durante un lance de caza. No es, desde luego, la primera vez que Delibes revela los elementos de índole personal entreverados en

en obras. En el proceso de aventuras,
 aventuras y desventuras de un cazador o rubia
 comben que este caudal "soy yo sin
 rebajas", después de reconocer que la vida
 el protagonista de la vida de un cazador y
 dando de un sugeto, "soy yo (...). Pero
 un yo rebajado, sin embargo, por
 importante que sea la condición de caudal
 en Delibes, no puede rebajarse a otras
 otras actitudes ante la naturaleza.

VISIONES DE LA NATURALEZA

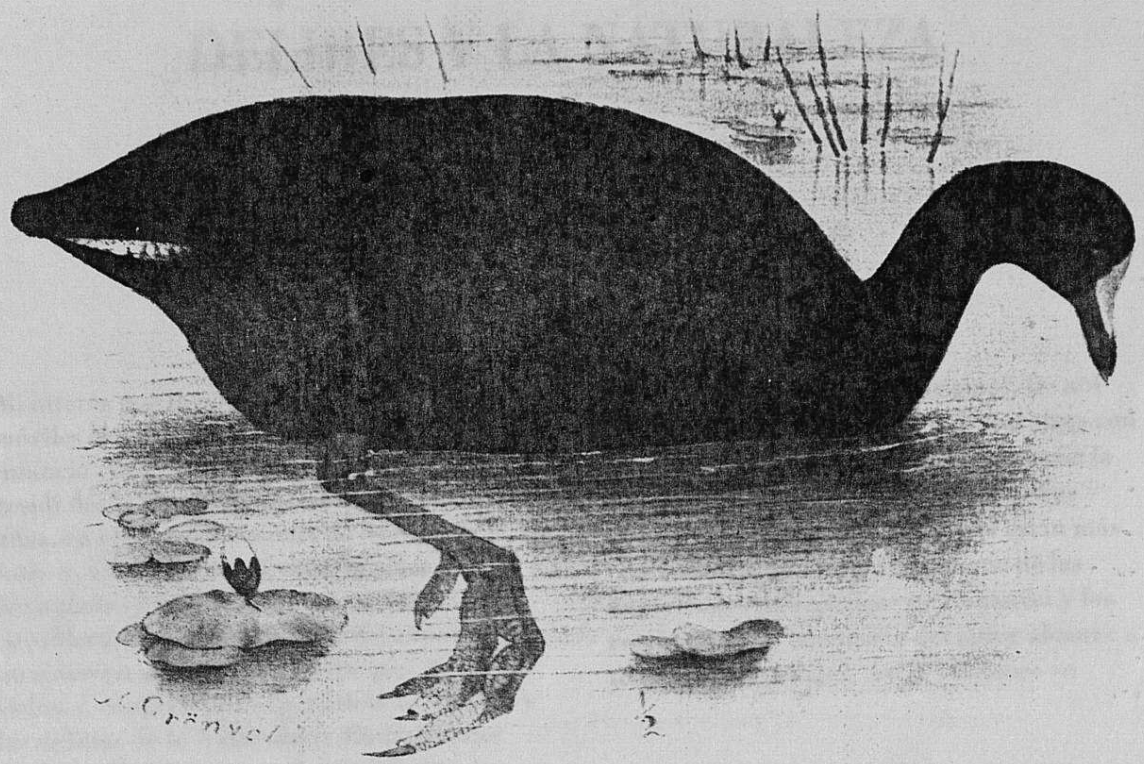
Ningún ser humano, supongo que ningún ser
 vivo, percibe la Naturaleza desde una sola
 perspectiva. En la obra de Delibes es posible
 distinguir al menos cuatro. Desde su
 eticidad, ve a la Naturaleza como motivo de
 juego y deporte; desde su conciencia social, la
 ve como despensa y lugar de trabajo; desde
 su pasión paleontológica, como escenario de caza
 y pesca, y desde su sensibilidad comparada,
 como víctima de la acción humana y
 tecnológica.

En la visión de la Naturaleza como motivo de
 juego está presente en las narraciones
 personajes infantiles, como El camino, Las
 ranas, El patito de la laguna, El instinto
 lúdico, no siempre consciente, que lleva a uno
 del tiraditas, a las pelotas y a la
 explotación de los descubrimientos, adopta en
 sus personajes adultos las virtudes de la
 caza, el deporte o el viaje. El instinto lúdico
 que no sólo aflora en las crónicas que Delibes
 ha publicado sobre sus viajes europeos y
 americanos, sino también en algunas de sus
 obras de ficción. En el libro de un cazador,
 Lorojo termina con una inclinación a jugar:
 "sentí el espíritu de Lorojo". El primer de
 vagabundo se le espantó a Lorojo al final
 de la vida de un sugeto: "Té poseo a ver y
 como en casa en mi propia parte". La vida
 que mecan a los que, con firmeza, podía
 haber dicho Elías al volver a casa. En una
 de sus obras más recientes, El río de los
 lobos, Delibes se explica sobre sus hábitos
 deportivos y cívicos, casi todos ellos



202. "Mis personajes hablan poco (...). son
 mis contemplativos que lo hacen".

Y de la misma manera que en confesaba
 pasión por el mundo natural al explicar que la
 acción de la mayoría de sus libros transcurre
 a la intemperie, también en el relato
 hasta la fecha escrita se trataba en el
 fuerte componente autobiográfico, más o
 menos elaborado, que impregna casi toda su
 obra. En la novela El camino, Daniel el
 Mochoño, resulta herido en la espalda por un
 pedregal de rebato disparado por su padre:
 "Me has dado (...). Y le séo mucho dolor".
 Por sus confesiones en el caso de una vida
 nos enteramos de que este hecho sucedió al
 pie de la zona entre Miguel Delibes y su padre,
 durante un lance de caza, ya es, desde luego,
 la primera vez que Delibes trata las
 elementos de índole personal entrecruzados en



Focha gigante.

practicados en contacto directo con la naturaleza.

Su visión de ella como despensa y lugar de trabajo se halla desperdigada en novelas, diarios y otros escritos. Algunos de estos textos los ha recopilado en *Castilla en mi obra*, donde confiesa que se conformaría con este epitafio: "Acertó a pintar Castilla". La Castilla que Delibes describe es, además de escenario de caza y pesca, una tierra cereal, pobre y agobiada, en la que el campesino trabaja con talante fatalista, lacónico, socarrón, escéptico, supersticioso, pero animado de un apego telúrico a los campos inhóspitos y desolados cuando no se atreve a emigrar. Esta visión laboral y nutricia de la Naturaleza prevalece también en *Castilla habla*, que no es una novela ni un ensayo ni un estudio científico. Se trata de un libro

que, al exponer la realidad castellana, toca cuestiones tan dispares como los estragos de la sequía o los efectos para Castilla del ingreso en la Comunidad Económica Europea. Hasta cuenta, en el capítulo que dedica al asado, por qué el mejor cordero lechal, según él, se come en Burgos y Valladolid: la oveja segoviana pasta en cuestras y pedrizas y se muscula más.

La Naturaleza como escenario de caza y pesca es la perspectiva que aparece con mayor frecuencia en las obras de Delibes, incluso en aquellas que no están específicamente dedicadas a la actividad cinegética y piscatoria. Realmente, Delibes se considera "un cazador que escribe". Y así lo dice en *Mi vida al aire libre*. Como hombre de andar y ver, Delibes sabe que el habla es un acto natural, pero no la escritura. En *Con*

MD

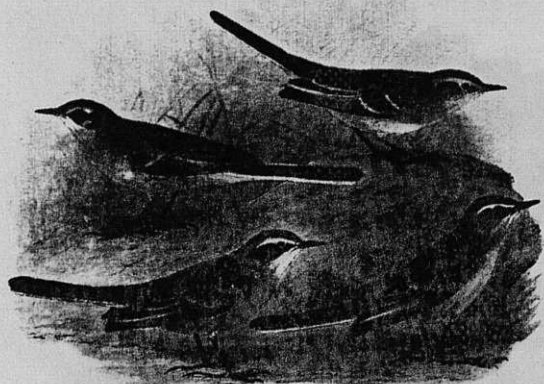
FUNDACIÓN
MIGUEL
DELIBES
Miguel Delibes



Los pajaros.

que, al exponer la realidad castellana, tom
cuestiones tan diversas como las estrage de
la equina o los efectos para Castilla del
interés en la Comunidad Económica
Europea. Hasta cuenta en el capítulo que
debe al estado, por que el mejor conato
pobal, según el se come en lugares y
Valladolid: la obra pajaros en parte en
cuentas y pajaros y en muestra más.
La Zuzuleza como escenario de casa y
pajar es la perspectiva que aparece con
mayor frecuencia en las obras de Delibes,
incluso en aquellas que no están
específicamente dedicadas a la actividad
cinematográfica y pajaros. Delibes se
considera "un cazador que escribe". Y así lo
dice en el título de este libro. Como hombre
de andar y ver, Delibes sabe que el habla es
un acto natural, pero no la escritura. En con

provinciales en contacto directo con la
naturaleza.
Su visión de ella como despensa y lugar de
trabajo se halla desarrollada en novelas,
cuentos y otros escritos. Algunos de estos
textos los ha recopilado en Castilla en un
obra, donde cuenta que se conformaba con
este capítulo: "Acerto a pintar Castilla". La
Castilla que Delibes describe es, además de
escenario de casa y pajar, una tierra fértil,
pajar y acogida, en la que el campesino
trabaja con talante fatalista, laborioso,
económico, escrupuloso, supersticioso, pero
amante de un apago relativo a los campos
abandonados y desolados cuando no se atreve a
emigrar. Esta visión laboral y pajar de la
naturaleza prevalece también en Castilla
habla, que no es una novela en un sentido ni
un estudio científico. Se trata de un libro



Lavandera.

la escopeta al hombro, confiesa que “no soy feliz escribiendo. Eso no me sucede cuando escribo de caza (...) escribiendo sobre caza reproduzco fielmente aquella placentera sensación”. Sin embargo, no todo es gozo al contar los lances de caza. En el mismo libro, el autor se duele de los reproches de algunos intelectuales que condenan la caza, y sostiene que las únicas protestas consecuentes son las de un vegetariano. Más aún, defiende la práctica de la caza —a la que considera un deporte cruento, no cruel— en su prístina pureza, una vez establecidos ciertos límites y condiciones. Con todo, Delibes sospecha que sus amistosos sentimientos hacia la presa no son correspondidos por ella. Por eso, tras reconocer, con Ortega, que el cazador se da el gusto de ser paleolítico y que la actividad venatoria es como unas vacaciones de humanidad, concluye que “la caza más que una afición, es una pasión”. Pero una pasión que en ocasiones se convierte en compasión: no asiste a monterías —así lo expone en *Mi vida al aire libre*— porque siente “una repugnancia instintiva a apagar los ojos humanizados de un corzo o un ciervo”.

Por la compasión, Delibes llega a ver la Naturaleza como víctima de la razón urbana y tecnológica. En *S.O.S.*, que reproduce su discurso de ingreso en la Real Academia de la

Lengua, se lamenta de que la naturaleza venga siendo sacrificada a la tecnología, y aboga no por prescindir de ésta, sino por embriarla, a fin de establecer las relaciones del hombre con la Naturaleza en un plano de concordia. A lo largo de todo el discurso queda patente que, para Delibes, conservar la Naturaleza es progresar; alterarla, retroceder. No es casual, pues, que al final cite una conocida canción americana: “¡Que paren la Tierra, quiero apearme!”. Visión ecologista que, en Delibes, no es incompatible con la caza, pese a que el disparo de una escopeta también constituye una agresión tecnológica. Pero la Naturaleza no sólo es víctima de la técnica, también de la razón urbana, que es una razón espuria y contaminadora. No pocos personajes de Delibes abominan de la ciudad. Para Isidoro, en *Viejas historias de Castilla la Vieja*, “ser de pueblo era un don de Dios y ser de ciudad era un poco como ser inclusero”. Y el niño Daniel, de la novela *El camino*, se resiste a abandonar el pueblo para integrarse en el rebaño de la gran ciudad. Con indignada razón, Delibes rechaza las acusaciones de reaccionario que se le han hecho por el argumento de esta novela.

CONTRA LA CAZA

Su respeto a la Naturaleza y, por tanto, al progreso armónico de los hombres, lo ha manifestado en una novela más reciente *Los santos inocentes*. Aquí, su visión compasiva engloba a la Naturaleza y a los hombres sencillós del campo en su común condición de víctimas de la malicia de Iván, señorito de la ciudad que, en su pasión por la caza, se lleva de ayudante al rústico Paco, a sabiendas de que puede fracturársele de nuevo la pierna que se le ha quebrado al caer de un árbol durante otro lance cinegético. El señorito cazador ordena a Paco que saque los ojos al palomo que le sirve de cimbel o reclamo, y

El origen, se lamenta de que la naturaleza venga siendo sacrificada a la tecnología, y aunque no por prescripción de ésta, sino por embrión, a fin de establecer las relaciones del hombre con la naturaleza en un plano de concordia. A lo largo de todo el discurso puede patente que, para Delibes, conservar la naturaleza es progresar; avanzar; retroceder. No es casual, pues, que al final este sea conocida como un momento "de un pacto la Tierra, quinto momento". El ecologista que, en Delibes, no es incompatible con la caza, vive a que el discurso de una ecología también constituye una versión tecnológica. Pero la naturaleza no sólo es víctima de la técnica, también de la razón humana, que es una razón capraria y contaminadora. No pocas personas de Delibes abordan de la ciudad. Para Delibes, en las historias de la ciudad, la vida, el de pueblo era un hijo de Dios y ser de ciudad era un poco como ser invisible. Y el niño Daniel, de la novela El camino, se resiste a abandonar el pueblo para ir a la ciudad, el reino de la gran ciudad. Con indignada razón, Delibes retrata las relaciones de intercambio que se le dan hecho por el argumento de esta novela.

CONTINUA LA CAZA

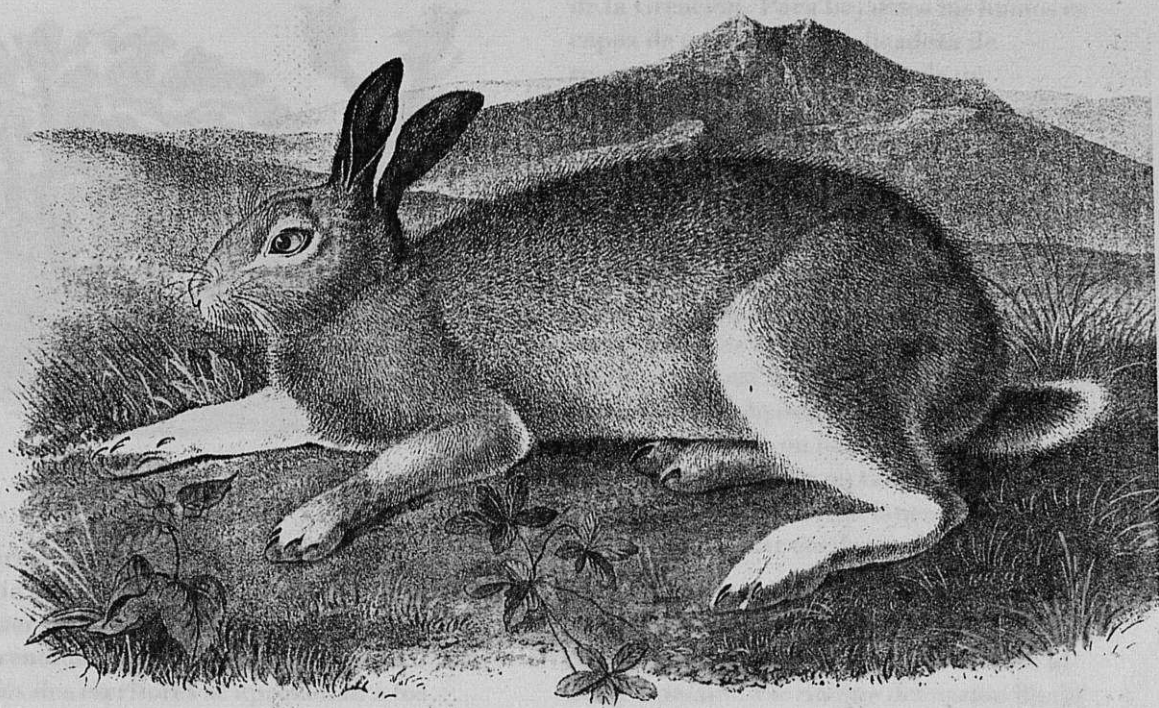
En respecto a la naturaleza y, por tanto, al progreso armónico de los hombres, lo ha manifestado en una novela más reciente los santos inocentes. Aquí, en visión campesina engloba a la naturaleza y a los hombres sencillos del campo en su común condición de víctimas de la mafia de Llan, señoría de la ciudad que, en su pasión por la caza, se lleva de adelante al rústico Paco, a sabiendas de que puede fracturarse de nuevo la pieza que se le ha doblado al caer de un árbol durante otro lance cinegético. El señoría cazar ordena a Paco que saque los ojos al palomo que le sirve de ciudad o trofeo, y



La caza

la especie el hombre, caza que "no soy letra escrita. Eso no me sucede cuando escrito de caza (...) escribiendo sobre caza reproducen realmente aquella placentera emoción". Sin embargo, no todo es eso al contar los lances de caza. En el mismo libro, el autor se da cuenta de los trofeos de algunos intelectuales que conducen la caza, y sostiene que las más de las veces se encuentran con las de un vegetariano. Más aún, durante la práctica de la caza -a la que considera un deporte creativo, no cruel- en su práctica, para, una vez establecidos ciertos límites y condiciones. En todo, Delibes sospecha que las mismas relaciones hacia la presa no son correspondidas por ella. Por eso, tras reconocer, con Ortega, que el cazador se da el gusto de ser patibulo y que la actividad caza es como una reacción de puntería, concluye que "la caza más que una acción, es una pasión". Pero una pasión que en ocasiones se convierte en compasión; no basta a mentarse -así lo expone en el vida al aire libre- porque se tiene "una preocupación tentativa a apagar los ojos dominados de un corzo o un ciervo".

Por la compasión, Delibes llega a ver la naturaleza como víctima de la razón humana y tecnológica. En 2002, que reproduce su discurso de ingreso en la Real Academia de la



Liebre de Norteamérica.

luego, como siguen sin entrarle las palomas, enloquecido por la abstinencia, dispara y mata a la graja que Azarías, un bendito de Dios, cuida con mimo. Al lector no le sorprende que el señorito Iván termine ahorcado por Azarías.

Con *Los santos inocentes* Delibes ha escrito, supongo que adrede, un alegato contra la caza, aunque bajo el velo de un caso de extrema crueldad. Confesión que recuerda a la que Ortega, en su elogioso prólogo al libro del conde de Yebes *Veinte años de caza mayor*, hace a propósito de Malebranche. Cuenta Ortega que visitaba Fontenelle a Malebranche cuando entró en la habitación una perra preñada, y el dulce sacerdote Malebranche mandó que la expulsaran a palos. Al oír los aullidos de la perra, el cartesiano Malebranche decía impasible: “¡No importa, es una máquina!”. Y en ese

punto, Ortega esboza un quiebro muy torero: “Tengo que frenar el intento (de hablar sobre la muerte y el sufrimiento del animal), porque es tema de enorme dificultad”. Y tras exponer su antropocéntrica creencia de que “el miedo del animal es su modo de existir, su oficio” y de que “es la presa la que reclama la agresión”, Ortega confiesa que “ante la muerte cruenta, siente repugnancia, asco”, con la excepción de la sangre que “brotaba en el morrillo del toro bien picado”. Arcanos estéticos de la afición taurómaca que guardan correspondencia con los enigmas ancestrales de la pasión cinegética.

VIDAS PARALELAS

Siempre he encontrado afinidades entre Delibes y Montaigne: su aislamiento señorial, su escepticismo racionalista, su amor a la

MD

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES
9
Miguel Delibes



punto Ortega espone un quilibrio muy torcido.
 "Frente que frente al intento de hablar sobre
 la muerte y el sufrimiento del animal,
 porque es tema de enorme dificultad. Y tras
 exponer su antropocéntrica versión de que
 "el mundo del animal es un modo de existir, un
 estado", y de que "es la presa la que custodia la
 agresión", Ortega confiesa que "ante la
 muerte eterna, frente espiritualmente, uno"
 con la excepción de la sangre que "bota en el
 mortillo del toro bien picado". Arreunos
 estados de la última tarántula que guardan
 correspondencia con los enigmas metafísicos
 de la pasión erótica.

VIDAS PARALELAS

Siempre he encontrado almidonados con
 Bobbe y Maitland; su matrimonio sexual,
 un esquizoide racionalista, su amor y la

vida, como quien sin entrar en palabras,
 endosado por la abstinencia, después y
 esta a la gran que, Xavier, un hombre de
 Dios, vivió con uno. Al fin no le
 sacando por el escrito, le da termino
 abriendo por Xavier.

Con los tantos momentos bobbe, la escrito,
 supongo que arde, un aliento contra la
 casa, aunque bajo el velo de un caso de
 extrema crueldad. Confesión que trasciende a
 la que Ortega, en su elogioso prólogo al libro
 del conde de Yebes veinte años de caso
 mayor, hace a propósito de hablar sobre.
 Cuenta Ortega que estaba lloviendo a
 Maitland cuando entró en la habitación
 una perla perfecta y el duro sacerdote
 hablarle mundo que la espeluzna a
 bobbe. Al día siguiente de la perla, el
 cartón Maitland deca impudico
 "No importa, es una máquina". Y en ese



Ciervo.

Naturaleza, su escritura irónica, depurada, propia de quienes saben huir de la sequedad sin caer en la afectación. Pero también me ha sorprendido siempre el modo discrepante con que los dos escritores se aproximan a los animales. El instinto apresador, implícito en la visión de la Naturaleza como escenario de caza y pesca, está excluido del talante de Montaigne, quien se duele de que la vanagloria humana desprecie a las demás criaturas y aporta ejemplos que patentizan la inteligencia de los animales, como la ocurrencia de la mula de Tales, que al vadear un río mojó la sal para que no volvieran a cargarla con otro saco. Y aunque en *Delibes* a menudo se encuentra afecto y comprensión para ciertos animales, sobre todo para los mamíferos superiores, nunca llega a la apasionada rotundidad con que Montaigne defiende a las criaturas vivas sometidas al rey

de la Creación. Para bajarnos los humos es capaz de cometer la indelicadeza de recordarnos que “el corazón de un emperador es el desayuno de un gusano”. La actitud de Montaigne está más próxima a la nobleza que Joanot Martorell atribuye a Tirant lo Blanc, el cual se desprendió de la espada para luchar a brazo y mordisco con el perro alano que lo atacaba, porque “no quiero que digan de mí que con armas aventajadas he combatido contigo”. Tirant lo Blanc marca así la radical diferencia entre el guerrero, o luchador, y el cazador. Sólo éste exige para entrar en liza una neta superioridad, si bien no tanta que convierta la captura en un ridículo lance. Nadie se complace en cazar corderos o moscas.

De los escritos de Montaigne se desprenden algunas enseñanzas: los animales más codiciosos, astutos y crueles pertenecen al linaje humano. Ciertamente del mismo linaje también forman parte los animales más sabios, heroicos y caritativos. Pero, por lo común, los tales no obtienen mando ni prosperan; antes bien, suelen quedar reducidos a súbditos indigentes, cuando no a carne de mazmorra. El hombre aprecia a las demás criaturas por su aptitud para dejarse esclavizar o devorar. Y, en consecuencia, blasona sus escudos de armas con un gallo, un león, un águila o cualquier otro animal que pregone fiereza y rapacidad. Es como gloriarse de péfido. Estas son también las impresiones que, por vez primera en una novela de *Delibes*, recibe el lector de *Los santos inocentes*.

de la Creación. En un instante los huesos
 capax de comer la indolencia de
 recordamos que "el corazón de un
 imperador es el desierto de un gaucho". La
 actitud de Montaigne está más próxima a la
 nobleza que Janot Matoral atribuye a
 Tirant lo Blanc, el cual se desprecia de la
 espada para luchar a brazo y morfiaca con el
 pero alano que lo ataca. Porque "no
 quiero que digan de mí que con armas
 aventajadas he combatido contigo". Tirant lo
 Blanc muestra así la rabia del diestro entre el
 guerrero, o luchador, y el cazador. Solo está
 vivo para entrar en una una mata
 superabundante, si bien no tanta que convierta
 la caza en un trabajo duro. Nadie se
 complacía en cazar corceles o moscas.
 De los escritos de Montaigne se desprenden
 algunas enseñanzas: los animales más
 codiciosos, astutos y cínicos pertenecen al
 linaje humano. Certeza que del mismo linaje
 también forman parte los animales más
 sabios, heroicos y caritativos. Pero, por la
 razón, los tales animales cuando se
 prosperan, antes bien, suelen quedar
 expuestos a sufrimientos indolentes, cuando en
 caso de necesidad. El hombre procura a las
 cosas vitales por su utilidad para después
 esbozar a darlas. En consecuencia,
 plauso en escudos de armas con un gallo,
 un león, un águila o cualquier otro animal
 que ponga fuerza y rapidez. Es como
 gloriarse de hérbido. Estas son también las
 impetuosas que, por vez primera en una
 novela de Delibes, recibe el lector de los
 santos incoherentes.



Cervo

Naturalista, su escritura tiende a ser
 propia de quien sabe bien de la realidad
 sin caer en la abstracción. Pero también me ha
 sorprendido siempre el modo de tratar con
 que los dos escritores se aproximan a los
 animales. El instinto aprensivo, implícito en
 la visión de la naturaleza como escenario de
 una y otra vida, es el mismo. El instinto de
 huir, que se dice de que la
 naturaleza humana desprecia a las demás
 virtudes y aporta ejemplos que parecen la
 inteligencia de los animales, como la
 conciencia de la mala de Julia, que al volver
 un río mojó la piel que no volverán a
 cargarla con otro saco. Y cuando en Delibes
 a menudo se encuentra abate y comprensión
 para otros animales, sobre todo para los
 mamíferos superiores, nunca llega a la
 aproximada reticencia con que Montaigne
 debe a las criaturas vivas sometidas al rey

